

se atribuye con bastante fundamento á CERVANTES, porque, á vueltas de su aridez, algo se trasluce en el estilo de la narracion que autoriza tal conjetura, reforzada además por lo que se relata en la breve, pero incisiva sátira, que de aquellos sucesos hizo el mordaz poeta Don Luis de Góngora en el siguiente

SONETO.

"Parió la reina: el luterano vino

Con seiscientos herejes y herejías;

Gastamos un millon en quince dias

En darles joyas, hospedaje y vino:

Hicimos un alarde ó desatino,

Y unas fiestas que fueron tropelías,

Al ánglico legado y sus espías

Del que juró la paz sobre Calvino:

Bautizamos al niño Dominico,

Que nació para serlo en las Españas;

Hicimos un sarao de encantamento;

Quedamos pobres, fué Lutero rico:

Mandáronse escribir estas hazañas

Á Don Quijote, á Sancho y su jumento."

CERVANTES se encontraba á la sazón en Valladolid, y acababa de dar á luz la historia de EL INGENIOSO HIDALGO DE LA MANCHA, cuyo éxito, según lo visto, debió excitar los celos, por no decir la envidia, del poeta cordobés. Mas no fué solo Góngora el que asestó sus dardos satíricos contra ella: tuvo tambien otros varios impugnadores, entre los cuales contábanse algunos que debían á CERVANTES grandes alabanzas. Estos desahogos del despecho, en escritores de gran nota, prueban antes que los elogios el altísimo precio de la composicion que los produjo, cuyo autor, lejos de devolver golpe por golpe, no hizo sino pararlos desdeñosamente, como maestro de esgrima que juega las armas con los novatos del oficio. Véase un rasgo de su pluma que pinta bien al vivo el ningún cuidado en que le ponían tan ruines ataques: *Estando yo en Valladolid*, refiere en su ADJUNTA AL PARNASO, *llevaron una carta á mi casa, para mí, con un real de porte: recibíola y pagó el porte una sobrina mía, que nunca ella le pagara; pero díome por disculpa, que muchas veces me habia oído decir que en tres cosas era bien gastado el dinero: en dar limosna, en*

pagar al buen médico, y en el porte de las cartas, ora sean de amigos ó de enemigos; que las de los amigos avisan, y de las de los enemigos se puede tomar algun indicio de sus pensamientos. Díronmela, y venia en ella un soneto malo, desmayado, sin garbo ni agudeza alguna, diciendo mal del DON QUIJOTE. Aquí, como se vé, falta el *genus irritabile vatum* del poeta latino, pues con dificultad se encontrará otro autor que escriba tan apaciblemente sobre las invectivas de que es objeto.

Mientras esos desalumbrados émulos contribuían mas bien que otra cosa, con sus ruines epigramas, á cimentar el crédito literario de CERVANTES, la adversa fortuna asestaba contra nuestro autor uno de los golpes mas rudos que acibararon su borrascosa existencia, y que descargó por fin, sembrando la consternacion en su desvalida familia, compuesta á la sazón de su esposa Doña Catalina de Palacios; de su hija natural Doña Isabel de Saavedra, doncella de mas de veinte años; de su hermana viuda Doña Andrea; de su sobrina, hija de esta, Doña Constanza de Ovando, soltera, y de veintiocho años de edad, que es sin duda á quien se refiere en el pasaje trascrito del soneto que le enviaron contra el QUIJOTE; y de una beata, mayor de edad, á quien daba tambien el título de hermana, y cuyo nombre era Doña Magdalena de Sotomayor. Habitaba CERVANTES el cuarto principal sobre la izquierda de una casa nueva situada en la calle del Rastro, extramuros entonces de la ciudad, entre las puertas llamadas del Campo y de Teresa Gil, frente á un puentecillo de madera sobre el rio Esgueba, que corria descubierto á lo largo de la calle, y que ha sido encauzado y terraplenado en estos últimos años. Los otros cuartos de la casa se hallaban ocupados, el principal de la derecha por Doña Luisa Montoya, viuda del cronista Estéban de Garibay, con sus dos hijos Don Estéban, eclesiástico, y Doña Luisa, soltera; y los otros tres restantes, por otras tantas viudas con sus familias respectivas. Una de ellas era Doña Juana Gaitan, viuda del excelente poeta Pedro Lainez, amigo que habia sido de CERVANTES, y elogiado además por este en su *Galatea*.

En la noche del 27 de Junio de 1605, cuando toda aquella pobre familia se habia entregado al sueño, despertó súbitamente al ruido de cuchilladas, seguidas á poco de gritos lastimeros demandando socorro, que se percibían hácia el frontero puentecillo. Pero, antes de continuar la narracion de tan trágico suceso, debemos exponer algunos pormenores que sirvan para facilitar su completa inteligencia.

Distinguiase, entre los mozos galanteadores de la corte, un caballero navarro del hábito de Santiago, llamado Don Gaspar de Ezpeleta, muy aficionado á lucir galas y hacer ostentacion de su persona en saraos, juegos de cañas y fiestas de toros, no obstante que la estrechez de su caudal parece ser no le alcanzaba para

atender segun su anhelo á tan costosas bazarías. Mas suplia por la suya la hacienda del capitan de la guardia del Rey, marqués de Falces, su grande amigo y protector, el cual, no solamente le franqueaba su mesa, sino que atendia tambien con mano liberal á varias necesidades de sus desvanecimientos. El poeta Góngora, antes citado, nos ha legado un recuerdo de este personaje, que debia ser por lo tanto muy conocido en Valladolid, en las dos siguientes

DÉCIMAS.¹

"Cantemos á la gineta,
y lloremos á la brida,
la vergonzosa caída
de Don Gaspar de Ezpeleta.
¡Oh si yo fuera poeta,
qué gastara de papel,
y qué nota hiciera de él!
Dijera á lo menos yo,
que el majadero cayó
por que cayesen en él.

Dijera del caballero,
visto su caudal y traza,
que ha entrado poco en la plaza,
y menos su despensero:
que si cayera en Enero,
quedara con Santo honrado;²
aunque el Apóstol sagrado,
cuando Dios le hizo fiel,
cayó de alumbrado, y él
cayó de desalumbrado."

Refiere una tradicion, conservada hasta nuestros dias en los barrios contiguos de San Ildefonso y San Andrés de Valladolid, que en este último habitaba por aquel

¹ Manuscrito existente en la Biblioteca Nacional.

² Alude á la *Conversion de San Pablo*, que conmemora la Iglesia el 25 de Enero.

tiempo cierta mujer de un escribano, bella en extremo, por quien andaba perdido de amores el amartelado Don Gaspar. Obligábanle al disimulo en este galanteo, por una parte la clase humilde á que la dama pertenecía; por otra su estado de casada, y por otra, en fin, la zahareña condicion de los habitantes de aquel barrio, llamado de la Mantería, no acostumbrados á llevar en paciencia que los atildados cortesanos asistiesen á requerir de amores y sacar de quicio á sus mujeres. Una noche, pues (la expresada del 27 de Junio, y con esto anudamos la interrumpida relacion del nocturno lance), despues de haber cenado con su favorecedor el marqués de Falces, y dada ya la hora de las diez, dirigióse el caballero santiaguista, llevado de sus malos pensamientos, al apartado barrio de San Andrés, vestido de ronda ó hábito de noche, cuya descripcion conserva el documento auténtico de donde está tomada esta lastimosa y novelesca aventura. Vestia el caballero Ezpeleta ropilla de raso con trencillas y con el hábito de Santiago; jubon asimismo de raso con mangas de tafetan; las armas eran espada y broquel, y encubriase el todo bajo una capa gris, trocada por su ferreruero, por via de disfraz, con uno de sus pajes. Traspuesto habia ya la Puerta del Campo, y, girando sobre la izquierda, avanzaba por la calle del Rastro con direccion á la Mantería, cuando hubo de detenerse á escuchar una música que halló al paso. Alejados los músicos, intentaba "ir la calle adelante, cuando vió un hombre de mediana estatura, con un ferreruero negro, largo, que le dijo se fuése de allí;" á cuyas palabras le contestó Don Gaspar, que *tarde se iría*; y porfiando el otro, y replicando él, echaron mano á sus espadas, y comenzaron á acuchillarse furiosamente hasta caer mortal y bañado en su sangre el caballero Ezpeleta, cuyas lastimeras voces demandando auxilio fueron las que turbaron el sueño de cuantos moraban en la casa de CERVANTES. Acudió el primero el clérigo Garibay, quien, viéndose ante aquel espectáculo, llamó desde la calle á dicho su vecino, el cual se levantó prestamente de la cama, y, bajando al lugar de la escena, trasportaron entre ambos al herido al cuarto en que habitaba el primero con su madre Doña Luisa Montoya, donde el desgraciado Ezpeleta, á pesar de haber sido socorrido con prontitud y esmero, falleció á las seis de la mañana del 29 del mismo mes de Junio. La declaracion que prestó en sus últimos momentos, ante la justicia, dejó en honroso lugar á su adversario, sin descubrirle, pues confesó "que ambos á dos habian reñido bien, é que no vió qué armas truxese el dicho hombre mas de una espada, y que cuando reñian, habia caido en el suelo y se habia levantado, y entonces le habia herido, é que no sabe mas de que luego se fué huyendo la calle arriba hácia la Puerta del Campo.... y que la dicha persona que riñó con él, se acuchilló como hombre honrado, y que él fué el que primero metió mano á la